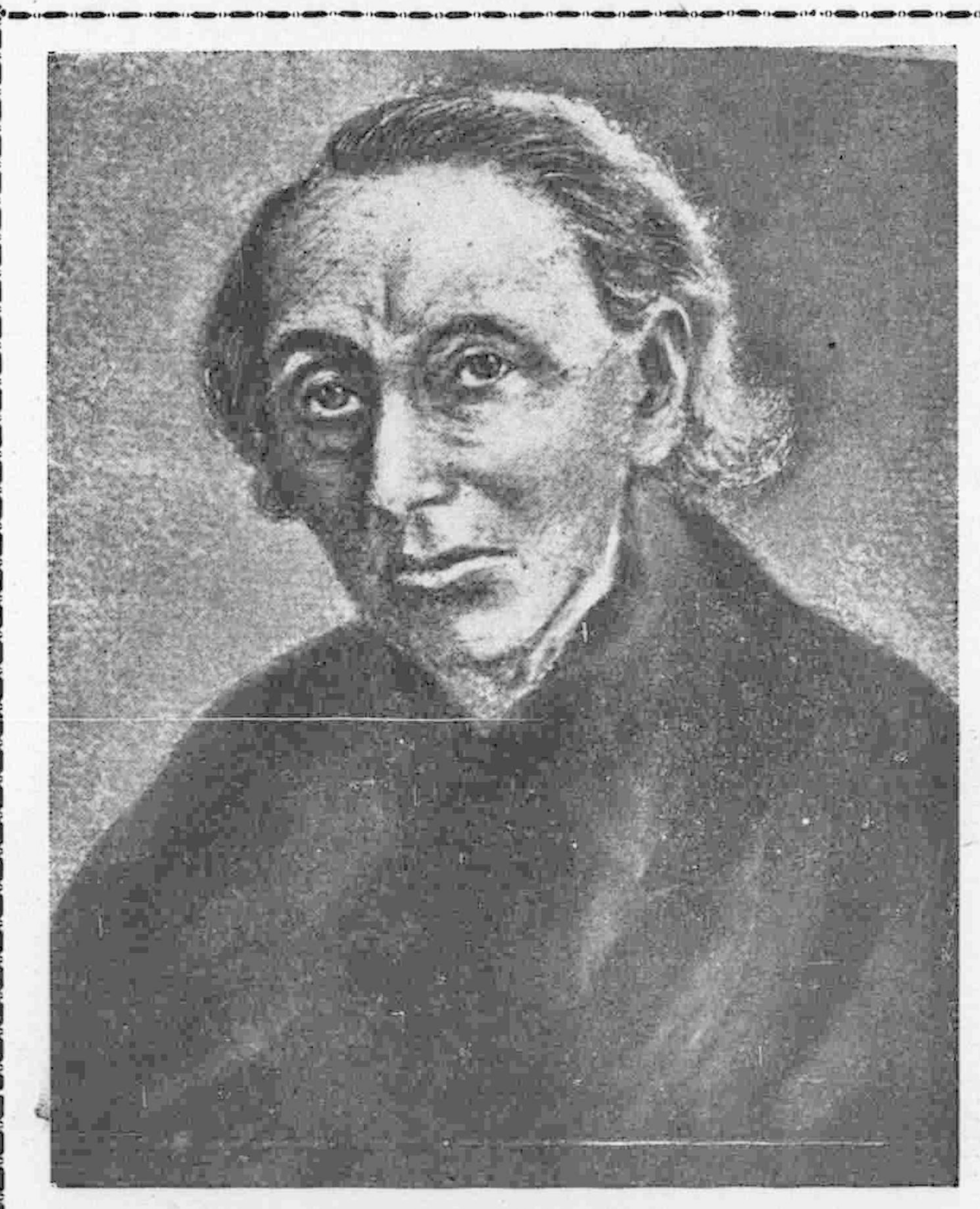
Via Libre

Publicación Mensual de Crítica Social

ENERO
1921
Año II – Núm. 16



LUISA MICHEL

PRECIO 0.20 CTS.

VIA LIBRE

Publicación mensual de crítica social

Dirección y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año II. | Buenos Aires, Enero de 1921 | Núm. 16

Broches de oro

CARLOS LIEBKNECHT Y ROSA LUXEMBURGO

Enero 15 de 1918.

La reacción social-burguesa alemana eligió sus víctimas entre los más nobles de sus acusadores. Los detuvo para ejercer su venganza y asesinarlos lejos de la vista del pueblo clamante justicia reparadora.

La revolución germánica manchó su bandera con la sangre de sus mejores hijos. Los sucesores del Kaiser son indignos de figurar en el libro de oro de los libertadores de pueblos.

El Kaiser resulta más noble que los aventureros que le arrebataron el poder en nombre de la Revolución.

Esos que salen de la capa inferior de la burguesía son más temibles que los burgueses auténticos.

¡Lejos de esa chusma de levita! La roña del aventurero aparece al primer rasgón del fino paño que adorna su grosero cuerpo. ¡Al montón con ellos!

Los nombres de Carlos Liebnecht y Rosa Luxemburgo, las víctimas inmoladas en ara de la Revolución integral en los días terribles de enero de 1918, quedarán grabados en el corazón de los pueblos y serán guías provechosos para los futuros gestos revolucionarios.

La Revolución y la Dictadura deben ser hecha y ejercida sólo y únicamente por los mismos revolucionarios comunistas. Todo

acuerdo con la burguesía, todo contubernio, es traición, es infamia.

Los que estamos con el principio de la Revolución Rusa, admitimos tolerancia solo para con aquellos que militan en las diferentes fracciones socialistas, pero no con los que hasta hoy han succionado la sangre del pueblo, no con los que admiten la usurpación de la propiedad haciendo alarde de un liberalismo económico inicuo e inhumano, degenerando el aforismo *Suum Quique*, ni con cualquiera de los políticos personalistas e inconsecuentes.

La revolución no debe importar sólo un cambio de régimen, sino también una transformación moral colectiva que destruya todo egoísmo personal involutivo y que implante la moral elevada de la dignidad personal alcanzada por mérito y nobleza.

Liebknecht y Luxemburgo son los representantes genuínos de la revolución transitoria, y como a tales los reconocemos y los recordamos.

¡Que los recuerde el pueblo trabajador, y su recuerdo sirva de estímulo para soportar, sin quejas ni cansancio, los sacrificios que para su propio bien se le reclaman constantemente, alejando de su alrededor la tentadora prédica de los aventureros de este pago que le incitan a la conquista del oro, dejando en el camino su propia dignidad y su propia honra!

Los dos espíritus

Cuenta dos períodos la vida de todas las doctrinas, dos períodos que marcan el paso de los ideales por la historia de la infinita evolución humana. Uno, el del martirio; otro, el del triunfo.

Mientras el ideal anda el primer paso, sólo los abnegados se llaman de él defensores; cuando las ideas van entrando al estado de opinión, todos creemos que nosotros, más que nadie, hemos contribuído a su propaganda.

El hecho, que es positivo, patentiza de manera indudable que, por una u otra causa, ha habido hasta ahora dos clases de almas.

Componen una clase, el espíritu de los hombres que van a la vanguardia de todo peligro; que nunca reniegan de su fe; que, al igual que la mole, firmes sufren todas las tempestades; que se les ve donde hay que perder; que no parecen por donde hay que ganar; que ponen la razón por encima de toda conveniencia personal; que se sumergen, sonriendo, en el lodo humano y salen de él sonriendo como antes y como antes impios; que son una amenaza constante contra los tiranos y los vividores... De esos salen los mártires.

Componen otra clase de almas la de los individuos que están siempre a la que salta; que, como las moscas, acuden donde hay algo que chupar; que nunca acuden donde puede sufrir quebranto la *integridad* de su persona; que hacen su aparición con carácter de apostolado, cuando los mártires han abierto camino a costa de sangre; que con charla y escritura infames recogen prestigio para venderlo a cualquier precio al adversario de los que llaman amigos; que exentos de méritos positivos, de moralidad y de inteligencia, no piensan más que en vivir de la traición y del engaño; que mienten, falsean y traicionan los ideales, si ello puede producirles treinta dineros... De esos salen los farsantes.

El peligro está, y ha estado siempre, en que el pobre pueblo, la pobre masa, no sabe distinguir el trigo de la cizaña, la abnegación de la infamia, y admite a buenos y a malos, a veces mejor a los últimos que a los primeros, porque los buenos dicen la verdad al pueblo por amarga que sea, y los malos le halagan.

De ahí que se perviertan ideales, se traicione a los compañeros y se padezca eterna esclavitud.

Hemos de sentirlo, pero también hemos de hacer nuestro camino, sin volver la cara para mirar a los hombres.

UN AÑO MAS

Ante el año que fenece, la colectividad humana, siguiendo una vieja tradición, se siente renovada en sus anhelos y esperanzas; en su ambición y fortuna; en sus caras ilusiones y sus más tiernos afectos. Hace un alto breve en medio del camino de la vida, y ésta se concentra en sí misma; recapacita, observa su pasado y plantea con nuevos bríos los problemas para el futuro, cuyas soluciones con afán espera.

Y bien; todo ello está basado en el temor y la espera, en la fuerza de la invisible y en el poder repleto de potencias desconocidas.

¡Superstición, mentira! Las simples hojas de un calendario con su convencional división del tiempo, despierta cada año en el alma humana, los sentimientos más gratos para el individuo. He ahí, precisamente, lo que constituye el éxito constantemente renovado de la falaz quimera.

El individuo, para no desfallecer, necesita vivir a la espera de mejoramiento, creer en la posibilidad de un mejor desahogo moral y material — sobre todo material — que es lo que más le urge y seduce. Y, entonces, su imaginación busca en lo desconocido; en lo fabuloso, un punto de apoyo para sus ingénuas ilusiones. Quiere engañarse a sí mismo, y lo consigue a veces.

Termina el año con su salud quebrantada y en situación económica angustiosa; está a punto de ser un vencido. Mas de pronto, al ver el calendario que indica el nuevo ciclo a recorrer en la imperturbable marcha del tiempo, siente aliento nuevo, nuevo vigor. Surge del fondo de las tinieblas de su atribulado espíritu una luz brillante que promete mejores días y claridades de aurora, en un futuro próximo de su vida.

Siente renacer los dulces ensueños largamente acariciados, que yacían moribundos en el fondo de su alma. Se alza ante sí el castillo encantado de un porvenir dichoso. Y la completa sugestión producida por la fuerza atávica, en la tradicional fecha, es tal, que ya no siente dolores en su cuerpo, ni sufrimientos en su espíritu.

Plácidas horas pasará este ente humano, navegando con la imaginación por celestiales regiones de fantásticos panoramas; pero esas horas serán pocas; la triste realidad, con sus crueles enseñanzas y la brutalidad del hecho, desvanecerán bien pronto las espirales de humo tejidas en el espacio por su imaginación exaltada, y la lucha por la existencia en su más dura expresión, se presentará ante sus ojos en el triste despertar de su ensueño, con su habitual cohorte de egoísmos y traiciones, de hipocresía y mentira, de corrupción y miseria.

Alejandro L. Bouquet.

LUISA MICHEL

Traducción para VIA LIBRE *de Dante Silva, el autor de «Los Mártires», fallecido hace poco tiempo en plena juventud y mientras su alma anarquista se extasiaba ante el fragor de la lucha y los signos inequívocos de victoria.*

Luisa Michel resaltará en la historia como una de las figuras mejores y más nobles de su tiempo, — tiempo sentimental y utópico, dicen los unos con sonrisa irónica, tiempo heroico contestan los otros. Y son quizás estos últimos los que tienen razón, puesto que en el período histórico en que Luisa Michel ha sido grande, si no se razonaba siempre muy bien, se sentía más, y la acción seguía más amenudo al pensamiento. Se veían cosas entonces que se ven mucho menos en nuestros días: almas soñadoras, llenas de amplias pasiones que desafiaban la muerte y todos los tormentos imaginables por la realización de una idea.

La generación actual es más práctica; parece que muchos nacen a los cuarenta años. Con razón se ha repetido tanto: «Somos prácticos» y se ha concluído por serlo hasta demasiado. Luisa Michel a su vez no fué una mujer práctica. ¡No, ciertamente que no! Ella fué toda intuición y todo corazón; y esto es justamente lo que la hará vivir en la memoria del pueblo. ¡Cuántas veces la intuición y el corazón, no han tenido que reparar las tonterías del espíritu!

Nacida en el año 1835, mientras sucedía la magnífica explosión romántica que rompió el yugo de las viejas reglas y de las viejas costumbres, para dar al arte nuevas fórmulas y al pensamiento un nuevo brío. Luisa Michel fué ella misma una soberbia romántica, enamorada del color, del ritmo sonoro y de la belleza del gesto. Un alma de poeta se despertó en ella y poeta quedó por toda su vida, así mentada de revolucionaria. También Víctor Hugo fué al principio su adoración; entonces doblaba gustosa la rodilla ante las divinidades humanas. Víctor Hugo en aquel tiempo aparecía, no sólo como el gran lírico, cincelador de versos que los posteres no olvidarán nunca, sino que era mirado también como filósofo, como sociólogo, como amigo ardiente del pueblo, superhombre universal que desafiaba con viril actitud, de protesta desde la roca de Jersey, al coloso imperial; que aparecía a los ojos de los entusiastas, el incomparable campeón de la República y del derecho violado. ¿Quién era al lado de un tal semi-dios, un simple mortal como Blanqui, que

hablaba y escribía en prosa y conspiraba en silencio? Víctor Hugo obtuvo también el homenaje de Luisa Michel — sus primeros versos — y el gran poeta se dignó en contestarle, vaticinándole un porvenir de celebridad. Probablemente él entreveía para la futura revolucionaria, la gloria poética de una cualquiera madama Deshoulieres...

Criada en una aldea de los alrededores de Champagne, en la que su madre, una sirvienta, se había dejado amar y seducir de un joven rico, y Luisa ya un tanto rebelde a las desigualdades sociales, obtuvo una educación cumplida que permitió a sus actitudes artísticas una segura elaboración. Al mismo tiempo, en compañía de los hijos de los campesinos, participaba de la vida sana y fortificante de la campaña, preludiando con seguidas escursiones en la floresta los largos viajes que más tarde la habría obligado la otra mala hembra: la política. Y fué entonces que, protegiendo contra los muchachos (terribles torturadores), los animalitos indefensos, ella sintió despertar en sí misma el alma de una amiga de los débiles y de los vencidos.

Por su vida modesta y laboriosa de institutriz en Batignolles hasta los últimos días del imperio, amigos y enemigos rindiéronle grandes homenajes.

También en aquel tiempo, la revolucionaria empezaba a mostrarse bajo el hábito de la institutriz.

Es propio de individualidad semejante vivir de su época; pero esta es siempre honrada por las persecuciones de los contemporáneos y por los homenajes de los posteres. Una generación les arrastra a mil tormentos; la generación siguiente les tributa un apoteosis.

Ya desde entonces. Luisa Michel daba a sus amigos republicanos de la vanguardia, que conspiraban contra el imperio, la ayuda de su carácter, de su actividad y de sus esperanzas entusiásticas. Víctor Hugo había hecho apelación sin peligro, a Armodio, contra el asesino coronado del 2 de diciembre; y Luisa Michel se ofreció de ser Armodio para apuñalar a Napoleón III.

En aquel tiempo, la que más tarde llamaría el mundo entero la Virgen Roja, empezaba a estudiar y a ocuparse de cuestiones sociales. Jules Simón, economista sentimental al modo de los cocodrilos, que lloraba sobre las condiciones obreras, no esperando luego otra cosa que los momentos oportunos para hacerlos fusilar, había rápidamente atravesado la Internacional, y, como Víctor Hugo, también manifestó una dulce simpatía por aquella que más tarde, en complicidad con sus colegas de Versalles, debía abandonar para siempre a la *justicia militar.*

Pero estalló la guerra de 1870; la tragedia del sitio se esfumó lúgubremente y fué continuada aquella de la Commune. He aquí que la personalidad de Luisa Michel empieza a engrandecerse:

la institutriz está para transformarse en enfermera, soldado, tribuno, etc.

El 18 de marzo de 1871 fué ella que, uniendo elementos desolados y esparcidos, organizó el comité central de la Unión de Mujeres; presidió el *club* revolucionario de la iglesia de San Miguel, donde la palabra entusiasta y sincera de los militares que luchan por la emancipación humana, había sucedido a la palabra engañadora del cura. Vestida con el uniforme de los *federados*, confundida entre éstos, la infatigable luchadora que nunca buscó dormirse sobre la historia, tomó parte con el 61° batallón en los encuentros de Issy, Clamart, Reuilly, y cuando entró en París la armada versallesa de los exterminadores, las treinta mil fieras, entró también ella para tomar parte en la última desesperada defensa de los comunardos.

Fué el momento terrible y sublime, en el que ciento veinte mujeres se hicieron matar defendiendo la barricada de la plaza Blanche.

Aquí cabe preguntar: ¿qué piensan de ésto, aquellos mastodónticos sabios que proclaman la inferioridad de la mujer? ¿Qué piensan también aquellas mujeres que hacen del feminismo una *reclame* o una especulación?

Siempre combatiendo, Luisa Michel escapó de las manos de los versalleses; estaba salvada, — pero habiéndole llegado la noticia de que su madre había sido arrestada por los defensores del orden y de la familia, corrió ella a constituirse prisionera, única forma en que podía devolver a la pobre madre la inmediata libertad.

No fué fusilada. ¡Milagro de los Milagros! Puesto que por todas partes circulaba la peligrosa y mortal leyenda de las petroleras. Pero formó parte de la cadena interminable de prisioneros y prisioneras que bajo una lluvia de injurias, de esputos y de bastonazos, fueron arrastrados a pie hasta Versalles, para poblar las cárceles de *Chantier* y de *Arangerie*. En una de las puertas de París, un caballero de kepis dorado, de bigotes muy largos y de aire furioso, se adelantó a la columna en marcha haciéndose conocer para aterrorizar con su nombre a los vencidos: *¡Parisienses! ¡Yo soy Galliffet!* Luisa, cuadrándose tranquila delante del siniestro fusilador, contestóle irónicamente, con una reminiscencia clásica de poesía pastoral: *C'est moi qui suis Lindor, berger de ce troupeau.* (Yo soy Lindoro, pastor de este rebaño).

El bravo general quedó perplejo — naturalmente — y tan perplejo que hasta se olvidó de hacer fusilar a la prisionera que tanta audacia había tenido para burlarlo.

La autodefensa de Luisa Michel ante el sexto consejo de guerra, fué de una admirable energía.

Delante de los viles degolladores parisienses, la prisionera erguida y fiera en sus largos tules negros, parecía un estandarte viviente de dolor, de luto y de rebeldía; rigurosamente altanera afirmó su participación a la resistencia comunista. Invitada por el presidente del consejo a defenderse, contestó:

—«Yo no quiero defenderme, ni quiero ser defendida; he hecho todo aquello que he podido para hacer triunfar la revolución social, y ahora, si vosotros no sois unos viles, fusiladme, porque los corazones que palpitan por la libertad no merecen otra cosa que plomo, yo también quiero mi parte.»

Sin embargo no se atrevieron a fusilarla como lo habían hecho con Ferré, Roussel, Bourgeois y treinta y cinco mil más, asesinados con o sin proceso; la condenaron a la deportación solamente, en un recinto fortificado. La ciudad era la península Ducos, en la Nueva Caledonia; las fortificaciones eran insuperables, — tres lados al mar y en el otro el cuartel de los militares encargados de la custodia; — en cualquiera de los cuatro lados levantábase la muerte.

Los deportados no pueden evadirse, — decía el ministro de marina a los rurales de la asamblea de Versalles, — *ellos serían comidos por los tiburones o por los antropófagos.*

Luisa Michel partió a bordo del vapor *Virginia,* haciendo en compañía de los demás prisioneros, el viaje en el fondo de las estibas, en las que el calor y el frío glacial se agregaban sucesivamente para torturar a los deportados, a la contracción del hambre, al amontonamiento en los jaulones y a los insultos de los siempre bestias guardianes.

Ahora haré una reseña, aunque pequeña, de lo que fué de la vida de la formidable revolucionaria durante su destierro en la Nueva Caledonia, en cuyo suelo tuve el placer de ser amigo suyo.

II

A quien la estudia a través de sus innumerables peripecias, la vida de Luisa Michel presenta una trilogía natural, en que la heroína aparece sucesivamente: la comunarda, la deportada, la propagandista.

La hemos seguido desde su primer punto, durante la gran época de abril y mayo: la bandera roja flameante bajo el azul del cielo dorado por una lluvia mortal de fuego, las puertas destrozadas pendiendo bajo la explosión del obuse, la lucha despiadada y final sobre las barricadas; luego el extermino, el Sena empurpurado de sangre, Versalles, la prisión en cuya promiscuidad se amontonan hombres y mujeres, mientras desde el campo de Satory llega el eco siniestro del fuego que se estrella sobre los condenados a la fusilación; y finalmente la prisión central de Auberive, esperando el embarque para Nueva Caledonia.

Después de todo este drama tumultuoso y terrible, atravesado casi como un sueño, otra vida empezó para Luisa Michel. Los antípodas, bajo un cielo tórrido implacablemente sereno, cuyo azul contemplábase en el azul del Océano infinito, como una doble sábana

estendida a la diosa de la paz y del descanso, la Nueva Caledonia circundada de escollos y de islotes abría a los vencidos, como dos brazos, sus llagas madrepóricas.

Mientras que la isla de los Pinos esperaba a los deportados *simples*, la península Ducos recibía en sus dos senos Mimbu y Tindu a los *vigilados* o sea condenados a la cinta fortificada. En la embocadura de la rada de Numea, estaba la isla de Nou, el último cerco del infierno, en el que otros combatientes de la Commune, espiaban el *delito* de haber defendido una idea sacrosanta, rigurosamente vigilados por infinidad de repugnantes guardianes.

Luisa Michel ha vivido en la península de Ducos cerca de seis años, desde 1873 hasta 1879. Durante todo este tiempo, ella fué toda una compañero devota, una prisionera indomada e indomable. En el principio intentaron separarla, así como a sus amigas deportadas, la Semel, la Desfosses, la Dupré, la Cailleux y la Smit, de la compañía de los hombres sus hermanos de batalla y de derrota. Se hablaba de mandarlas muy lejos, a Baurail, entre los forzados comunes, pero debido a sus protestas enérgicas, el proyecto perdióse en la nada.

Már tarde, después de la evasión de Henry Rochefort, Luisa adquirió ciertos puntos de arrogancia dominadora sobre el coronel Aleyron, jefe de los fusiladores del cuartel Lobau, y entonces gobernador de la colonia, y también sobre el almirante Ribourt, inquisidor estúpido pero feroz. Y mientras ella daba a esos viles el espectáculo inesperado y estupefaciente de una mujer, su prisionera, que se erguía en actitud de reivindicadora delante de ellos, la misma Luisa Michel volvíase la enfermera, la educadora, la providencia y el socorro de todos los otros, pasando las noches a la cabecera de los enfermos, compartiendo con los más hambrientos su pobre y escasa ración, la leche de su cabra y los productos de su microscópico jardincito, curando como una buena hija a los más viejos, así como Mabilec Halezieuz, educando a los hijos de los deportados e instruyendo hasta a los mismos canacos.

El domingo, especialmente, su cabaña estaba llena de indígenas robustos y bronceados, vestidos y adornados pintorescamente, quién de un galón militar, quién de una camisa de lana, quién de un simple *manou*. Familiar y pacientemente, Luisa enseñaba a ellos la lectura, el solfeo y el dibujo. De estos indígenas, muchos desempeñaban servicios en la autoridad, por cierto todos muy poco honorables, pero que los hijos de la naturaleza cumplían con convicción, ignorando ciertamente que los deportados fuesen diversos de los bandidos.

El respeto ficticio de los galones, la enseñanza de los misioneros y el amor inmoderado al alcohol, son los únicos elementos de civilización inculcados por los europeos.

Entre aquellos canacos, que parecían arrastrar toda la inmensa tristeza de una raza condenada a desaparecer, Luisa había encontrado uno más inteligente que todos los demás, llamado Daoumi. Ella le enseñó a leer, a sacar cuentas; y él en cambio contaba a su vez las leyendas de su tribu, las tradiciones magníficas, los viajes aventureros, las epopeyas guerreras, y cuentos trasmitidos de generación en generación. Luisa arreglaba estas leyendas con una potencia extraordinaria de colorido y de imaginación, agregando y magnificando naturalmente las más simples, comentando las más poéticas con una poesía más grande aún, mientras una intuición maravillosa le permitía comprender en los bosquejos más delicados, en los detalles más imperceptibles, la vida, el espíritu y las costumbres de los canacos.

Sin embargo, Luisa Michel, durante sus seis años de esclavitud en la Nueva Guinea, no dejó nunca la península de Ducos y de Numea.

A decir verdad, la voluntad no le faltaba para el caso; no para evadirse lejos de sus compañeros de infortunio — lo que al fin y al cabo habría sido para ella un derecho — sino para visitar a la ventura la gran región en que estaba prisionera, cuyas montañas, florestas y arroyos tortuosos llamaban mágicamente su atención.

Fué un día o dos después de la muerte de mi madre cuando Luisa Michel llegó a Numea y vino a vernos en nuestra propia cabaña. El reglamento autorizaba al deportado, (después de cinco años de permanencia continua en la península Ducos) volver al lugar principal de la colonia donde era posible encontrar un medio de vivir y una vida menos rudimentaria. Era siempre un riesgo, porque había que renunciar para siempre a la ración gratuita de comida y al vestido que pasaba el gobierno, para mantenerse y ganarse la vida con las propias manos y con la propia inteligencia y por lo tanto era necesario tener una profesión.

Luisa Michel, provista de su diploma de institutriz, vino entonces a buscar alumnos en aquella capital en miniatura, que sobre una población de dos mil almas contaba nada menos que seiscientos hombres de guarnición, quinientos funcionarios de todas clases y parientes de funcionarios.

¡Fiel imagen de todas las colonias francesas!

Simon uno de nuestros amigos de allá, asesor, y más tarde prefecto de Numea, era radical y masón, esta calidad suya, aunque hoy efímera, significaba un algo en aquellos tiempos y aquellos lugares, donde abarateado toda la autocracia brutal de los gobernadores y la hipocresía de las misiones maristas, era una afirmación de indiferencia intelectual, y una primera rebelión de la dignidad humana

y del sentido común, pero que más tarde, los radicales de la Nueva Caledonia, volviéronse vulgarotes politicastros.

En tal ambiente subversivo que hubiera sido anárquico, si la palabra hubiese estado de moda, Luisa Michel adquirió muchas y más vivas simpatías. Hasta entonces Numea, había sido monopolio de los queridos frailes y de las buenas monjas, a excepción de una raquítica escuela de niñas dirigida por la señora Penaud, institutriz laica, vigilada celosamente por su fría concurrencia.

Luisa Michel encontró para dar lecciones de dibujo y de piano, sus alumnas fueron escasas al principio, pero no tardaron en ser numerosas, en seguida que los habitantes de Numea se convencieron de que la terrible «petrolera» era con las muchachas, la paciencia y la dulzura personificadas. Pero sus amigas tuvieron que ejercitar sobre ella la más activa de las vigilancias para que sus ganancias no pasaran por completo en los castillos de los mendigos que muy pronto conocieron su infinita generosidad. Una de sus primeras alumnas fué Josefina Etienne, hoy la señora de Potigny, hija de un excelente hombre muy amigo nuestro que había sido condenado a muerte con Gastón Cremieux por la Comuna de Marsella, pero cuya condena fué conmutada por la deportación, y fué entonces que yo leía por primera vez en un diario llegado de Europa, los versos de Clovis Hugues, — hoy diputado socialista — y eran dedicados a nuestro amigo.

Les olseuax chantent, le ciel rit;
Il est lá-bas, le pére Etiennel.

La alumna de entonces, no abandonó un momento a la que en aquel tiempo, a seis mil leguas de París, fué su madre intelectual.

Habiendo vuelto yo, desde hacía poco tiempo a Numea después de haber asistido casi de cerca a la primera fase de la insurrección canaca — y discretamente *salvafido,* por haber consagrado dos años y medio, en el seno de una tribu aún independiente, estudiando los dialectos, las costumbres y las leyendas indígenas — comuniqué a Luisa, mi tesoro etnológico, manifestándome haber estudiado a su vez, todas las costumbres de las canacas. Fué decidido que un día antes partiríamos ambos a pie para explorar la costa E. hasta Hienghéne, subiendo por el curso de la cadena central, hasta las surgientes de la Diahot, luego bajaríamos por este curso de agua — único que merece el nombre de río en la Nueva Caledonia — para llegar a la desembocadura del mar, en el extremo norte de la isla. Pensando en esto, Luisa imaginaba una escuela para las pequeñas canacas. Para efectuar más fácilmente el pintoresco pero atrevido viaje, había vestido, como en la Comuna, un traje masculino. «No, contestó, pero qué importa, no lo creo necesario desde el momento

que vos sabéis, yo haré de tabla y vos me remolcaréis». ¡Esta contestación simplificaba mucho la cosa! Pero vino a interrumpir nuestro proyectado viaje la insurrección indígena, que nosotros creíamos apagada por completo. Guerra de color; los blancos fusilaban inexorablemente a los negros, éstos degollaban sin excepción a los blancos, y esto lo hacían después de torturarlos horriblemente.

Para atravesar el lado N. de la cadena central de montañas, era necesario también atravesar dos grandes tribus terribles de antropófagos, las de los Oébias y las de los Pemboas; pero a pesar de esto, Luisa, insistió al principio en la realización del viaje, pues afirmaba que, para aquellos que no temen a la muerte, eso de ser devorados es un particular insignificante.

Pero no se realizó; una urgente necesidad me obligó a partir para otro punto de la colonia, abandonando a Luisa que se encontraba en aquellos momentos sumamente indignada por los pasos que en Francia se hacían para obtener su libertad.

«Yo no acepto — escribía al presidente de la República — otra gracia que aquella de conducir a Francia a todos los deportados y condenados de la Comuna.»

Pero una amnistía plenaria, que siguió a la amnistía parcial y a las delusarias gracias individuales (la República oportunista había comenzado por agraciar a los muertos) abrió nuevamente el camino de Francia a los vencidos de 1871.

Luisa Michel hubiera deseado ser la última en abandonar a la Nueva Caledonia, como último es el capitán al abandonar el buque que está por zozobrar, pero una noticia alarmante respecto a la salud de la madre, obligó a nuestra querida amiga a embarcarse inmediatamente. Y en el mes de agosto del año 1879 Luisa abandonaba la Nueva Caledonia; en un vapor correo dirigióse a Sydney para embarcarse con el mayor apuro en el *Jhon Helaer* que la conduciría en pocos días a Europa.

III

«El revolucionario — dice Saint-Just — no puede encontrar reposo más que en la tumba.»

Luisa Michel, de vuelta a Francia, no reposó.

Fueran necesarias no pocas páginas, sino grandes volúmenes para describir esta vida tan llena y tan compleja, esta existencia de combatiente, de reclusa y de educadora — todos aspectos diferentes pero de la misma naturaleza, que se mezclaron en Luisa Michel — en Neuill, bajo el estruendo de las armas y el silbido de las balas, ella buscaba traducir en el piano, con una armonía imitativa aquel

baile furioso de la muerte. ¡Idea de artista! En el destierro y en la cárcel siguió siempre la enseñanza. Había sido llamada algunas veces «hermana de la caridad laica», pero eso era una terrible injuria para Luisa. Ella parangonarla a estas mujeres sin sentido, humildes hasta la estupidez e inculcadoras de cosas religiosas; ella que durante toda su vida había enseñado y predicado con el ejemplo de la solidaridad fraterna, sin ningún cálculo de póstumo interés, todo el inmenso amor de la ciencia; la sincera batalla por la conquista de la verdad!

Empezando comunista, Luisa Michel se volvió anarquista y fué tal su penetrante fuerza de bondad, que hasta en los días más rabiosos de discordias sectarias, ella fué siempre querida y respetada por todos; tanto por los republicanos, como por los socialistas y por los anarquistas. El único reproche que le hacían los unos y los otros era el de ser «demasiado buena». Pero ella, la heroína de una época batalladora, vivía completamente alejada de la atmósfera glacial de la pedantería y del arribismo, — atmósfera en la que en el día de hoy surgen, como repugnantes bicharracos, numerosos fenómenos, anticlericales de profesión, sedientos propagandistas de una idea por exhibición. Luisa Michel sabía perfectamente que todo dogmatismo es estéril, y que la ciencia, siendo relativa, tan sólo los ignorantes podían ser pedantes. Libertaría hasta las fibras de su ser, repudiaba la intolerancia en la discusión.

Vuelta nuevamente a París en el mes de noviembre del 1880, fué recibida con entusiasmo por aquella misma muchedumbre que nueve años atrás le había insultado cobardemente. Muchas personalidades políticas, que al día después solían tratarla de *Traviata,* hiciéronle espléndidas recepciones.

Luisa Michel escribió luego varias novelas — *La Miseria, Los Desheredados, La hija del pueblo* — que fueron redactadas en colaboración con otros, porque la vida de la revolucionaria era demasiado fatigosa para permitirla una obra de complejidad continua, — necesitaba siempre que la voz de un compañero a de una compañera de trabajo, viniese a arrancarla del vagabundaje del espíritu y volverla al método emprendido, y por este motivo muchas obras, especialmente aquellas que más tarde escribió sola, como fueron: *Microbios humanos, Delitos de una época* y *El Nuevo Mundo,* nos dan la impresión de un sueño, pero que a través de las nieblas, visiones fugitivas, se entrevee a menudo una inesperada justeza de observa-

ción y siempre de originalidad. Luisa Michel ha escrito también muchas poesías, pero las mejores no son en verso, son baladas y leyendas, en la cual ha usado siempre un colorido admirable, y yo aconsejo a esos que poseen aún las *Leyendas y cantos de los gestos de los canacos,* un libro hoy muy raro, de volver a leer el trozo titulado: *Les soufflets.*

Pero la más grande y la más bella poesía de Luisa Michel es incontestablemente su propia vida.

El 9 de marzo de 1883 tuvo lugar la famosa demostración de la *Esplanada* de los *Inválidos,* en que la valerosa mujer fué la heroína y la víctima. Desde hacía cuatro años la Reuública oportunista había sucedido a la República militarista y clerical. Grevy, un economista poderoso, había substituído en el Eliseo al soldadote Mac-Mahón; los periodistas podían casi escribir lo que querían, y el pueblo, gran niño, al que se le ofrecen bombones y juguetes para divertirlo, había pedido al presidente un poco de dinero en cambio de la sangre vertida por sus hijos, y apenas le fué concedido el permiso para cantar la Marsellesa.

La propaganda revolucionaria encontraba en aquel momento una fuerte auxiliadora en la crisis económica, mucho más intensa que la anterior. ¿Era esa, entonces, la República, para cubrir los abusos del capital, tiranía anónima e invulnerable, por la cual tantos valerosos habían pagado con la vida y la libertad? «¡Oh qué! — se preguntaba *Jean Visere* de la canción de Potier — ¿No concluirá nunca esto?»

El 1882-83 fué el período doloroso que vió la formidable huelga de *Montceau-les-Mines,* el atentado del Assomier, el gran proceso de Lyón; Kropotkine, Gauthier, Bordat, Ricard y otros cincuenta enviados a la prisión central de Clairveaux—y en París la demostración de la *Esplanada* de los Inválidos.

Algunos revolucionarios apelaban a la acción popular, otros se reservaban hacerlo. Pero por su propia iniciativa los desocupados, los hambrientos, la masa anónima de los miserables, abandonaron la plaza y se engolfaron (río humano) por las calles que conducen al palacio Borbón y al faubourg de San Germán.

Luisa Michel estaba allí. Una bandera negra se elevó como el símbolo del dolor de los desesperados, por los cuales la República no era otra cosa que una palabra, un monopolio unido a muchos otros, y quien erguía la bandera negra, era Luisa Michel.

Fué reconocida y aclamada calurosamente; la muchedumbre la siguió.

Durante el camino algunos hambrientos sacaron unos panes

de la panadería Morisset, horrible delito, que la República, guardiana del viejo orden social, no sabrá nunca castigar suficientemente. (¿Ignora quizá el pueblo que se puede robar solamente en la Bolsa?). La guardia municipal cargó sobre la muchedumbre y la policía la tomó a sablazos: ¡la sociedad estaba salva! arrastrada Luisa Michel a la cárcel como «jefe de los ladrones», fué condenada el 21 de junio a seis años de reclusión y a diez de vigilancia.

Agraciada en enero 1886, gracia que no aceptó, protestando contra la medida que la libertaba, mientras que sus compañeros de condena permanecían aún en la cárcel; pero a pesar de todo, fué obligada a aceptarla bajo pena de ser arrojada brutalmente a la calle por los bastialísimos guardianes. En una carta dirigida a los diarios, ella expresó toda su indignación por este hecho.

Más tarde, el 3 de junio del mismo año tomó parte en el comicio de Chateau-d'Eau, donde se protestó enérgicamente contra el oportunismo gubernativo que traicionaba todas las esperanzas del pueblo republicano y fomentaba la agitación *Boulangista.*

Por su discurso pronunciado en este comicio, Luisa Michel fué condenada a cuatro meses de prisión y a 100 francos de multa. ¡Particular de poca importancia! Y la prisión era casi un descanso para ella: pues preparaba y escribía novelas, intentaba convertir a las monjas a la anarquía y distribuía invariablemente a las prisioneras las comidas que los amigos le mandaban desde afuera.

En la vieja prisión de San Lázaro, su piedad se volvía especialmente sobre las prostitutas, paria de las parias. La prostituta, hija del dolor, que fué llamada «hija del placer» en una sociedad en donde todo es mentira, ¿no es acaso la esclava moderna?

Libertada nuevamente y arrojada también esta vez de la cárcel, Luisa Michel emprendió de nuevo su vida febril de militante. En diciembre del 1887, ella estaba en el camino cuando las demostraciones impidieron la elección de Ferry a la presidencia de la República. En el siguiente mes, mientras en el Havre daba la heroína una conferencia, un fanático, cierto Lucas, excitado y empujado por las incitaciones asesinas del clero, descargó sobre ello dos tiros de revólver, hiriéndola en la cabeza. Las heridas fueron bastante leves para permitir a Luisa defender a su asesino de la muchedumbre que quería lincharlo a toda costa; y también más tarde (solamente una semana después) patrocinaba en el tribunal la causa para que su cobarde asesino fuera puesto en libertad. Ninguno de nosotros que la conocíamos nos maravillamos por este hecho.

Las agresiones contra Luisa Michel fueron muy numerosas, y aun más numerosas las ofensas esgrimidas en contra de ella por la

gente «piadosa». Periodistas conservadores, flor de gentilhombres, caricaturistas al lápiz «bien pensante», hicieron toda clase de esfuerzos para ponerla en ridículo. Era fuertemente reprobada porque amaba a las bestias, los perros, los gatos, los cuadrumanos; había amado hasta las víboras, desde el momento que se interesaba por la raza humana. Cuantas veces unos padres viles, ruines, deseosos de complacer a todos los bodegueros reaccionarios del barrio, incitaban a sus propios hijos a insultarla y apedrearla, cuando ella no había jamás sabido levantar una mano sobre ellos.

La víspera del 1.° de mayo tuvo lugar en Francia una *limpieza* general de militantes revolucionarios; era la primera vez que amenazaba estallar una manifestación internacional de trabajadores, y la burguesía temía algún suceso de gravedad. Luisa Michel fué arrestada en Saint Etienne en compañía de Tennevin. Este fué enviado al tribunal por haber hecho una apología incendiaria, y a Luisa se intentó (entonces mandaba en Francia el ministerio de Estado) de encerrarla en un hospicio como a una atacada de locura. ¡Locura! He ahí la gran palabra de la vileza humana. Locura es rehusarse a inclinar la cabeza ante el insípido reglamento que obliga a quemar el grano de incienso al ídolo forjado para propagar la ignorancia y la mentira. Esta locura que las personas *sensatas* no saben concebir, fué la *locura* de Luisa Michel.

Puesta en libertad, partió para Inglaterra, país monárquico, pero libre, aunque existe allí, como en cualquier otro país, la muy posible probabilidad de morirse de hambre. Hasta la amnistía del año 1895, nosotros, todos proscriptos, hemos vivido inseparablemente de ella; la encontrábamos en su posada de *Huntley Street* o en su casita de *East Dulwrich,* siempre valerosa y devota como en Francia y en la Nueva Caledonia y pronta a contestar « presente » al primer toque de trompeta de las humanas reivindicaciones.

¿Oiremos algún día este toque de trompa? ¿En qué país empezarán a vivir la vida verdadera los desheredados de la tierra? ¿Cuándo, en qué día concluirán de ser explotados, vilipendiados carne de trabajo y carne de cañón, las *hordas productivas?* Se ha cerrado acaso para siempre la Era de las heróicas reivindicaciones para la raza humana? Cada uno de nosotros puede contestar como quiera a estas preguntas.

Y si más tarde, este pueblo que la ha vilipendiado y amado, conocido y desconocido, admirado y despreciado, se despertará como otras veces para renovar y arrastrar al viejo mundo hacia mejores destinos, la severa y gentil figura de Luisa Michel surgirá entre ellas como una bandera de victoria.

CARLOS MALATO.

Leyenda del arbol maravilloso

EL HOMBRE

Aquellos seres hoscos y brutales que recién salían de las penumbras de la animalidad, llevaban aún en sus mandíbulas el rictus feroz de la bestia de los bosques. Su cuerpo estaba endurecido por las intemperies, y su ruda epidermis, cubierta de espeso y áspero vello, no era acariciada por el sol más que en la estrecha comba de la frente, donde empezaba a dibujarse la arruga del pensamiento.

El genio de la aventura ya los había arrojado de las cavernas donde vivían como las fieras, aislados, en grupos de una sola familia.. De aquellos antros obscuros, excavados en el seno de la roca, habían salido al sol, y disputado a las fieras el dominio de las florestas, donde espiándose unos a otros, a través de las frondas, acercándose con el arma preparada para el golpe, habían cambiado al fin la primer sonrisa de amistad que vió el mundo. El boscaje sombrío, jamás iluminado por el sol, se alumbró con el rayo inicial de la simpatía y bajo el profundo y silencioso misterio de las selvas, se pactó, con un gruñido, el convenio de la asociación humana. Una nueva forma de lucha comenzaba. Ya eran más de uno para oponer la fuerza del músculo, dirijido por un vislumbre de pensamiento, al empuje ciego de las contrariedades.

LA TRIBU

A la vera de un ancho río, en los límites de la selva enmarañada y llena de horrores, sobre un suelo pródigo de sílex, vivía la tribu de Gor. Venida de lejanas comarcas, buscando un suelo propicio para la existencia, había hallado en aquel lugar los elementos suficientes para satisfacer sus sobrias necesidades. El río generoso le brindaba su linfa pura, el suelo le ofrecía inagotables provisiones de mineral para sus armas, el bosque caza abundante y combustible precioso... En la errante existencia de aquella tribu, jamás se había señalado una época tan próvida y feliz. El clima benévolo acariciaba día y noche sus cuerpos castigados por todas las intemperies. Ya no les era necesario velar, en las sombras, avizorando la aparición repentina y ululante de las fieras. Sus almas primitivas empezaban a ensayar un vuelo hacia el firmamento para interrogar a la muda serenidad de los astros. Sus espíritus simples comenzaban a sonreir ante la belleza de las formas, los esplendores de la luz y la majestuosidad de los cielos... Las pupilas que antes vigilaban las tinieblas con fosforescencias de fiera, empezaban a adquirir la serena luminosidad de la reflexión.

Aquellos seres duros y brutales, que acosados por la hostilidad de los elementos, no tenían más patria que la que les deparaba la temporaria clemencia de un abrigo hallado al azar de sus correrías,

Delante los hombres, con sus armas de sílex al brazo, silenciosos y avizorantes, destacándose sus amplios y vigorosos torsos sobre el horizonte desolador del desierto. Detrás las mujeres, inclinadas bajo las cargas brutales, jadeantes y sudorosas. En medio los niños, aullando de hambre y de dolor, como cachorros de fieras perseguidas... La noche gélida y tenebrosa envolvía a aquel grupo de hombres que, amontonados unos sobre otros bajo las pieles arrancadas a las bestias, dormían sueños felinos, oído atento, abriendo sus pupilas de vez en cuando para vigilar las tinieblas pululantes de enemigos...

Pero llegó un día en que el páramo inmenso ofreció la desoladora igualdad de una rosa lisa, maciza y blanca, donde no palpitaba ni la más insignificante partícula de vida. Era una uniformidad aterradora. Aquella planicie siempre semejante parecía una obstinación de la naturaleza inorgánica empeñada en conservarse virgen de todo contacto de vida. La materia bruta dormía allí un sueño de milenios, como esperando, en un éxtasis velado por el silencio eterno, que el azar le enviara un grano de polen o el vuelo de un insecto para despertarla de su arrobamiento de piedra. Y su mismo aire estaba incontaminado de vida. Nunca un ala movió el espacio, nunca una imperceptible sacudida de la inercia vital hendió el reposo imperturbable de aquella atmósfera de una pureza pristina...

Aquello era un océano de piedra, sumido en una quietud eterna e infecunda, absorto en la paz inmutable de su no ser...

Y la tribu marchaba por aquel yermo árido, avanzando lentamente por el espanto de su desolación. La evocación de los cataclismos de su vieja patria, golpean sus cerebros como un alucinante espoleo. Y marchaban, marchaban obstinados y jadeantes, siempre vigilando el horizonte, esperando el oasis que su instinto les prometía. Ni una gota de agua surgía del suelo. El sol, de una blancura enceguecedora, caía implacable, sediento de un átomo de humedad que evaporar, de una célula que pudrir y disolver. Y los días y las noches aparecían de improviso, sin crepúsculos ni albas. Las auroras eran repentinas invasiones de luz que arrastraban torrentes de fuego. Las noches, como sábanas de tinieblas heladas, caían impensadamente desde el cielo negro e implacable, donde las estrellas parecían cristalizaciones rutilantes en la bóveda de una inmensa caverna...

En aquel páramo pétreo fueron cayendo poco a poco los hombres de la tribu de Gor. Caían uno a uno sobre el duro suelo, y si el día velaba el último sueño del vencido, el sol calcinaba su cadáver. Si la muerte lo sorprendía en las tinieblas, la noche con su frígido soplo petrificaba los despojos. En aquel erial espantable, ni los gusanos cumplían su labor de disolución, porque también ellos eran vida...

Y así fueron cayendo todos. Todos menos una pareja, la más joven y más bella de la tribu.

EL ARBOL

En el corazón de aquella inmutable soledad, en el centro de aquella inconmensurable lápida de piedra, allí donde el espíritu de la Intangible parecía reinar, soberano absoluto del reposo sobre la más dura y áspera concreción de la roca, se elevaba, soberbia y dominadora como una columna que sostuviese a los cielos, una encina frondosa como cien florestas. Su ramaje se extendía sobre el desierto como un umbroso firmamento de verdura y su tronco, macizo como una torre, hundía sus potentes raíces en el suelo, succionando la humedad de las más profundas entrañas de la tierra.

Aquel árbol, que se erguía en el desierto de piedra como una entidad en el no ser, aquel formidable organismo que desafiaba, con su grandeza vital, la infecundidad de aquella tierra, esperaba, desde el siglo remoto de su génesis, que un ser viniera a recoger la pródiga cosecha de sus frutos. Su generosidad inmanente sentía la necesidad de transformarse en acción para completar su enorme grandeza. Solo, bajo un cielo implacable, rodeado de una inmensidad muda, expandía, sin embargo, su colosal florescencia a los cuatro vientos de la tierra, esperando...

Y vino un día en que la pareja humana llegó, bajo la pródiga floración de la encina. Y junto con la pareja de hombres, llegaron exhaustas y agonizantes, parejas sobrevivientes de todos los animales de la creación. Y bajo el árbol que se estremecía como en un deliquio de amor maternal, hombres y fieras, insectos y aves se miraron sin temor, poseídos de una sobrenatural beatitud. Todos los ciegos impulsos de la bestia, como ahogados por una serena corriente de paz, fueron bajando a los más profundos senos del instinto y se diluyeron en una plácida embriaguez de éxtasis. En las pupilas de los monstruos brillaba una como luz de sentimiento, y los hombres, desposeídos de todas sus fieras desconfianzas, elevaban sus frentes a los cielos y sonreían, absortos de maravilla, ante las parábolas de luz que cruzaba el azul de la noche...

Y el árbol era como un dios para aquellos seres. Ante él, los hombres se arrodillaban, balbuceando las primeras onomatopeyas de humildad que oyó el mundo y las bestias lamían el tronco prodigioso con la mansedumbre tranquila y amorosa con que alisaban la piel de sus cachorros.

Y el árbol materno prodigaba sus dulces frutos para alimento de aquellos seres y como una fontana inagotable, hacía fluir de su tronco raudales de linfa cristalina para abrevar su sed.

De noche, inclinaba sus frondas, que palpitaban en un estremecimiento de gozo al abrigar a todas aquellas vidas.

Y así, en aquella suave paz paradisial, las parejas procrearon y los tiempos vieron con asombro, cómo un vivero de seres pululaba bajo la protección de aquel árbol y cómo una estirpe de hombres, hermosos e inteligentes, vivía en dulce concordia con todos los animales de la creación.

LA APOTEOSIS

Pero llegó un día en que el reposo de aquel desierto cesó. Los elementos, furiosos, desencadenaron su formidable iracundia sobre la enorme grandeza de aquel árbol, cuya vitalidad, invasora y triunfante, profanaba la eterna quietud de aquel páramo. Y todos los vientos de la tierra y todos los rayos del cielo y todas las cataratas de las nubes reconcentraron su empuje colérico y se precipitaron repentinamente sobre la mejestuosidad del árbol. Y un torbellino caótico y espantable sacudió la inmensa frondosidad de aquella selva aérea y desgajó su tronco, y destrozó sus ramas, y esparció su follaje por la extensión del desierto...

Y los hombres y las bestias, enloquecidos de pavor, huyeron hasta el horizonte.

Y desde allí, mudos y temblorosos, iban viendo cómo el gran padre que los había cobijado tan amorosamente, iba cayendo bajo la furia espantable de aquella conjuración de los elementos.

Y cuando se apercibieron sus ojos de que aquella inmensidad desaparecía bajo el imperio de las rayos; cuando presa de un llanto de miedo y desesperación contemplaron cómo el árbol a quien habían adorado como a un dios, no era, en medio de la llanura, más que una colosal montaña de cenizas: entonces comprendieron que los rayos de los cielos y los vientos de la tierra hirieron al árbol porque era la única grandeza que se elevaba en el desierto infecundo...

Y cobardes e ingratos, maldijeron los despojos de aquella majestad caída que un día irguió su frente bajo el fuego del sol...

Y sintieron nostalgia de sus antiguas cavernas, húmedas y lóbregas bajo la tierra...

Pero cuando el aullido de maldición se apagó, cuando el silencio de su miedo, más aterrador que el silencio del desierto, los rodeó como un espíritu inexorable; pudieron ver, petrificados de asombro ante el prodigio, cómo de las entrañas de la piedra calcinada por el rayo, volvía a surgir el árbol, como una erupción de vitalidad victoriosa.

Entonces, pareció que el universo entero se detenía para contemplar el prodigio. Y mientras desde el cielo, las esferas cesaron de rodar, mirando hacia abajo como ojos de felinos, el árbol siguió creciendo, creciendo... más grande, más majestuoso que nunca, renovando sus ramajes, reproduciendo sus frondas, derramando sus frutos, expandiendo su grandeza paternal y gloriosa a todos los vientos, como llamando a su seno a todas las razas de la tierra...

Y en medio del pasmo de las cosas, paralizadas en el silencio, sólo se oía el rumor armonioso de su fecundidad.

Edmundo Bianchi.

Montevideo, un día primero de un nuevo año.

Los horrores del presidio de Ushuaia

Reproducimos aquí el capítulo más importante escrito por Rosales, junto con el preámbulo que ha sido publicado por nuestro intermedio en ''Bandera del Pueblo'', y lo reproducimos a fin de que se cumpla el deseo de su autor para dar la mayor publicidad a esta clase de trabajos, y también para que quede en las páginas de una revista que representa una de las fases de la formidable lucha emprendida por el pueblo laborioso y honesto en contra de toda dominación y privilegio.

El capítulo que aquí estampamos está escrito con la propia sangre de su protagonista, y muestra la delincuencia innata de los que se erigen en guardianes del orden público, quienes no sólo vejan al hombre probo y honesto, sino que hasta burlan las propias leyes dictadas para interés de los dominadores.

Tratar a unos periodistas de ideas del mismo modo que a propios delincuentes, confundirlos con ellos, remacharles las cadenas a los pies, someterlos al régimen del terror, llevarlos al presidio en infamante hilera de galeotes en contra de los mismos dictados de la sentencia de los jueces, es algo que sólo la interjección ahoga la garganta.

Reflexionen los revolucionarios chirles, los literatos que no miran otra cosa que su revolucionarismo personal para encumbrarse sobre los pedestales levantados con el sudor del pueblo, los sofistas de un mentido doctrinarismo con olor a agua bendita, los soñadores de una falsa popularidad, los cientifistas inconsustanciales, y los demagogos de la última hora; reflexionen un momento y apártense luego para no manchar con su lodo el albo martirio de los inocentes corazones que arden con la llama más fúlgida de la sinceridad y del amor.

Nosotros, haciendo nuestro examen de conciencia, no tenemos porque arrepentirnos, ni hemos contribuído un ápice al martirio de nuestros amigos. Los hemos acompañado en la lucha que por acaso hemos salido ilesos; hemos protestado siempre de su cautiverio, hemos discutido la sentencia de los jueces altivamente, noblemente, y nos hemos lanzado con fiereza contra sus detractores.

Hoy le tributamos nuestra admiración por su persistencia, y nuestro homenaje por sus entusiasmos no aminorados ante las negaciones y las traiciones.

S. L.

A LOS LECTORES

En mi estudio recibí de manos desconocidas las cuartillas que mi caro y valiente compañero y amigo, Hermenegildo Rosales, me enviara desde a bordo del transporte «Río Negro» en donde las escribió al venir de vuelta del lejano presidio de Ushuaia, adonde fué enviado, junto con García Thomas y Biondi, por una fría, ilegal e injusta disposición ministerial.

Leí con avidez la carta a mí dirigida, y después repasé las cuartillas. .

Lector amigo, obrero encallecido sobre el yunque del trabajo

irredimible, hombre indiferente que por acaso lees esta prosa de un noble presidiario, no mostréis duda alguna sobre todo lo que afirma el engrillado escritor; una duda que posara sobre vuestras vacilantes mentalidades, sería una ofensa grave a la sinceridad y a la hombría bien probada del mártir amigo. No dudéis tampoco de la sinceridad de mi decir, porque estoy escribiendo bajo el impulso de una fuerte emoción humana y mi verba lleva en su recóndito la blasfemia de la injusticia de la vida social y el desprecio hacia todo lo que me rodea por la complicidad de este dolor que es mi dolor y que debiera ser el dolor de todos si la hombría de Hermenegildo Rosales estuviera hecha carne en todos los humanos, en todos los humanos que sufren la cobardía del presente y el peso infernal del tenebroso pasado.

No, no hay, no puede haber disculpa alguna por los martirizadores del hombre, que en Ushuaia, fuera de Ushuaia, aquí, allá, más allá todavía, en todos los continentes, en todas las patrias, en los hogares mismos, viven en acecho para aferrar el placer del dominio, aplastando voluntades, cortando alas, envenenando vidas.

No, no hay, no puede haber perdón para los malditos cancérberos de nuestros hermanos prendidos en las redes de un enmarañado edificio hecho de carne macerada, de sangre coagulada, y de huesos triturados de todos los que fueron arrastrados al suplicio, por un derecho, por un orden, por un interés, discutibles y discutidos.

Y no habrá piedad, cuando el martirizado de siempre se erija en supremo vengador de todas las ofensas seculares que la oprimida humanidad ha recibido de sus eternos perseguidores.

Madres, esposas, hijos; no lloréis por los aherrojados de hoy, llorad por vosotras mismas, por la suerte de vuestros hijos y por la suerte de los hijos de vuestros hijos, porque la ira terrible del mañana incierto, será el efecto de la fría actitud del ayer inicuo.

¿Por qué se acalla la infamia? Todos somos culpables. No hay culpables aislados. Todos somos forjadores de cadenas, todos somos cancérberos y verdugos.

Nuestra felicidad está plasmada sobre la infelicidad de los más de los hombres; nuestra felicidad consiste en el aplastamiento de la ajena felicidad.

Abandonamos a su sola suerte a todos los lisiados, a todos los enfermos morales, a todos los desposeídos de la fortuna, a todos los desechos. Nos repugna tender la mano al caído, cuando muchos de los caídos son los que más fuerza de vida llevan encerrado en su caja toráxica, y más luz de divino saber alumbra en su lámpara craneana. Cuando muchos de los caídos, en su marcha por la calle de la Amargura, son los nobles precursores de grandes resurrecciones morales y de supremos gestos espirituales. Y sobre el abandono de los caídos vive hay una vida superior la gente de este siglo que en siglos pasados fuera paria, esclavo o vil materia de perversos

placeres. Y esta gente olvidando, con un olvido culpable, toda la angustiosa marcha de sus honrosos padres, pasan la vida holgada cantando el osceno canto de la cobarde indiferencia hacia el dolor de los hermanos que preparan una vida mejor a los parias de hoy que forjan las cadenas de su propia esclavitud.

Hombres: ¿por qué no os avergonzáis del dolor de los hombres? ¿O creéis que no son hombres los que están encerrados en las lúgubres cárceles que el Estado moderno ha erigido para la tranquilidad de los satisfechos mortales?

Y si hombres son los que nacen de madres humanas, ¿por qué no darles a beber el agua cristalina de la fuente de todos los placeres de la vida? ¿Por qué agriar sus gargantas con la sed del refrescante líquido y producir el terrible escozor de la sequedad traicionera y homicida?

Y es la sed que devora las entrañas de las gentes encerradas en tristes presidios. Es la sed de justicia en unos, de placer en otros, de cariño, de amor, de salud, de vida: es la sed que sofoca, que ofusca, que muerde y mata.

Dad de beber al sediento, y no le pidáis ninguna suerte de moneda en pago de vuestro servicio, porque no hacéis más que cumplir el deber saludable de propender a la conservación de la especie que es vuestra propia conservación.

Una sociedad que necesita encerrar a los humanos en antros de fieras, es una sociedad que ha perdido su aquilibrio natural, es una sociedad que se encamina inevitablemente a su propia disolución.

H. Rosales describe el frío presidio de Ushuaia cual describiera un antro y a sus guardianes cual petrificados domadores felinos.

¡Guay de las gentes si las puertas del antro ceden al empuje de la fiera!

¿Por qué hacer fieras a los hombres? Si el delito es una tara humana, ¿por qué no estirpar la tara arrancando así al hombre de su mal? ¿Por qué destruir al hombre?

No todos los delitos son frutos morbosos del ser biológico; hay taras sociales que arrastran al hombre hacia el delito. Taras que se producen sin que el delincuente haya puesto nada de su parte para su existencia; empero se delinque, y el delincuente, inconsciente e irresponsable de sus actos, es arrastrado al antro para ser colocado en lugar de las fieras, haciendo de su carcelero el domador obligado de la fiera humana y reduciendo al hombre en enemigo del hombre.

Y sino ved al propio Rosales, al delincuente sublime, que en un momento de supremo dolor asume toda la responsabilidad suya y de los otros y acepta la condena como argumento decisivo de su verbo que es la verdad encarnada en un delito. Y el delincuente sufre todas las injurias que a tales sujetos se les infiere. Se le remacha la cadena a los pies, la cadena del galeote y se le hace marchar al compás del látigo felino. ¿Quiénes son sus compañeros? Pobres

cancerosos morales: ladrones, asesinos, invertidos sexuales, atrofiados y perversos; y él les llama compañeros. Sí; son compañeros del gran dolor universal, del dolor de nuestra indiferencia y de nuestra vanidad; del dolor de la gran desigualdad que impera como suprema y dura ley de los hombres.

Pero... ¿qué diferencia hay entre esos desechos y sus guardianes? Los unos han engañado, herido, exterminado... los otros, los guardianes, engañan, martirizan, hieren, matan... impunemente, audazmente...

¿Quiénes son los inocentes que puedan juzgar a los culpables? ¿Por qué la existencia de esa cárcel infernal que se llama Ushuaia cuando ataca los propios principios que la Constitución Nacional consagra como postulados de honor para la institución republicana y democrática?

¿Quién es entonces el que va contra la carta magna de la República, Rosales o el Poder Ejecutivo que tales instituciones anacrónicas e inconstitucionales mantiene de pie?

Todos somos culpables, menos el delincuente que escribe y que grita su verdad a pesar de sus cadenas.

Y estas verdades, lectores, recogedla como cosa vuestra y haced de ellas vuestro propio credo, como desde largo tiempo lo hemos hecho nuestro.

Hermenegildo Rosales me pide haga publicar sus cuartillas asumiendo él la responsabilidad de sus afirmaciones. Yo juro ante el altar de mi ideal, que es lo más sagrado para mí, que Rosales no miente, que Rosales dice la verdad, porque siempre la verdad ha estado prendida de sus puros labios. Y al jurar le pido perdón por mi indiferencia, por mi cobardía, por mi complicidad con todos los verdugos de la vida...

Santiago Locascio.

Buenos Aires, diciembre de 1920.

COMO SE CONDUCE A LAS REMESAS DE PENADOS DESDE BUENOS AIRES A USHUAIA

Sobre el particular hablo con perfecto conocimiento de causa, como que he sido uno de los tantos galeotes que partieron de esta capital, en la remesa del 19 de mayo de 1920, a bordo del transporte de la armada nacional «1.º de Mayo».

Creo no dejará de tener su interés un relato de un viaje de esta índole, principalmente para aquellos que desconocen algunas de las modalidades de la justicia en esta tierra. Y también para aquellos que en su vida sólo han realizado viajes de placer, en calidad de

turistas y en medio del confort que el progreso de la época ideó al efecto.

Las remesas de penados que periódicamente se envían desde la penitenciaría o la prisión nacional al presidio de Ushuaia, ofrecen a los ojos del observador un espectáculo curioso, de un marcado sabor medioeval, un tanto lúgubre, con mucho de bárbaro. Es un espectáculo que sólo puede tener como símil los célebres cargamentos de esclavos negros, que la historia nos ha relatado, no sin cierto horror. con decir que el ganado en pie que los hacendados argentinos exportan a los mercados europeos va en condiciones infinitamente mejores que los penados, está dicho todo. ¡Verdad es que una bestia vale más que un hombre!... Y si este hombre ha sido condenado por las leyes del país a sufrir su condena en Ushuaia, vale menos, todavía.

Ahora bien; todo aquel que ha sido condenado en última instancia a un regular número de años de penitenciaría, aunque sea individuo de primera entrada, siente un terror invencible al presidio de Ushuaia, por los horrorosos relatos que de allí conoce. Así es que el temor a las remesas es pesadilla constante; idea que trabaja y tortura el pensamiento del preso, porque sabe que para ser arrojado hasta aquella siniestra mazmorra, basta la decisión antojadiza del ministerio de justicia o de las autoridades del establecimiento. Tal nos aconteció a nosotros, los condenados de «Bandera Roja» y tantos otros.

Esta es otra de las tantas anomalías que en estas cosas ocurren. Porque si un juez condena a un individuo a penitenciaría ¿por qué ha de ser enviado a Ushuaia, si aquella prisión es presidio y cárcel de reincidentes? Por lo menos, así he leído en los sellos que allí usan.

Como decía, el temor de ir a la «tierra», como vulgarmente se le denomina, es constante. Pero este temor se trueca en sorpresa y no poca indignación, cuando una buena noche se despierta sobresaltado al ruido que producen los cerrojos de la puerta de su celda, y media docena de guardianes han penetrado en ella, intimándole vestirse y salir rápido. Como sabe que no es la libertad, se figura por intuición de lo que se trata.

En efecto; es una verdadera sorpresa, porque como dije, es un trabajo que realizan a altas horas de la noche, cuando todo duerme y en el mayor sigilo; y además, es norma en las autoridades carcelarias guardar absoluta reserva sobre las fechas en que se efectúan remesas. De ahí que para el preso resulte esto más doloroso, más duro y se indigne, porque se ve en la completa inposibilidad de participar a los suyos su traslado, de arreglar sus asuntos particulares, conseguirse ropa de abrigo y tantas otras cosas que le son de necesidad imprescindible.

Mas esto es nada. Es apenas el prólogo de un drama, cuyo epílogo se ignora, pero que se sospecha deloroso, trágico tal vez.

Sale de la celda para dirigirse al cuerpo de guardia, y siempre

acicateado por el «apuresé» de los guardianes, que parecen temer que uno fuera a perder el pasaje... Se echa una última mirada a las blancas paredes de la celda, como un cariñoso adiós a la amiga leal y buena, en cuyo albo seno depositamos nuestras penas, nuestros odios y nuestras esperanzas... Y ¡en marcha!

Llegados al patio que separa al edificio de la cárcel con el del que ocupa el cuerpo de guardia cárcel, notamos un movimiento inusitado de empleados de la casa: soldados a caballo del escuadrón de seguridad; carritos policiales, y sentimos voces entre las que se destacan las que ordenan con esa peculiaridad seca, terminante, perentoria, que suelen imprimirle los que mandan.

Caminamos automáticamente, sin saber dónde debemos dirigirnos. Una voz a nuestro lado nos dice: ¡por aquí! y nos empuja hacia una gran habitación, en cuyo interior, en el centro, se ve un banquillo semejante al de un patíbulo; más al fondo dos grandes bancos, iguales a esos que se ven en cualquier taberna de arrabal, en ellos hay algunos penados sentados, con un mísero paquete por delante y la angustia retratada en sus caras pálidas, y en uno de los costados laterales, en cuyo muro hay una puerta de comunicación para otras habitaciones, se alínean una compañía de soldados armados a mauser, con sus oficiales al frente. Y al contemplar esta línea de soldados que se prolonga hacia adentro por aquella puerta, hace pensar en un mostruo que apenas sacara la cabeza por la abertura de la guarida, al atisbo de su presa.

Luego se nos hace desnudar para la requisa. Nos vestimos de nuevo y nos hacen sentar en un banquillo.

Allí se nos colocan los grillos.

La colocación de los grillos es una operación que tiene mucha analogía con los preparativos de una ejecución.

Figuraos un hombre de gesto avinagrado, con mandil por delante y remangadas las mangas de su camisa, que dejan al descubierto unos brazos sarmentosos y velludos, armado de buen martillo, que golpea golpea y golpea sobre el remache de la barra que sujeta los dos grilletes. Es ni más ni menos que el verdugo de la edad media, según las descripciones que de aquel personaje conocemos. Al contemplarlo en plena actividad, poseído quizás de que realiza una importantísima y trascendental misión, parecíame ver un forjador diabólico en un sábado de aquelarre, o un siniestro sacerdote de algún rito oculto e infame.

Por último, examina atentamente los remaches para cerciorarse que quedaron sólidos y que las piernas aquellas no podrán escapar a la venganza de la ley y de los hombres. Satisfecho, enjúgase con el índice de su diestra el sudor de su frente.

¡Ha terminado su trabajo concienzudamente!

¡Ya estamos listos!

Mientras, una tempestad ruge violenta, bajo la tapa craneana. Y la tortura lacerante de mil recuerdos, de mil afectos, de mil cosas,

para nosotros queridas, agitan nuestros pechos afiebrados. Hay un nudo en la garganta, y en los labios apretados, contraídos por un rictus que se ha tornado sarcástico, juguetea una blasfemia... ¡Mil blasfemias!

Una voz imperiosa ordena: ¡Salgan! Y la larga cadena de galeotes empieza a moverse, a arrastrarse, como en las arenas de una plaza, un gran cetáceo herido. Un retintín destemplado y melancólico producido por los grillos, se deja oir con extraña isocronía. Los penados van desfilando como pueden hasta los carros policiales, que nos conducirán hasta la dársena sud.

Al llegar al estribo del carro hacemos mil esfuerzos ridículos por subir: los hierros entorpecen todos nuestros miembros. Sentimos unas manos que nos ayudan a subir, no, que nos levantan en vilo y nos arrojan dentro. Crugen las cerraduras ásperamente, y el lúgubre «carrusell» se pone en marcha. Vuelan por el aire manojos de injurias hacia los carceleros, como negras mariposas de la noche, agoreras de venganzas.

Luego, no sentimos más que el traquetea ensordecedor de las ruedas, mezclado al repiquetear de los cascos de los caballos en el empedrado y ruido de sables. Nos escoltan también.

Llegamos a la dársena sud, donde está atracado el «1.º de Mayo», y nos apeamos en medio de soldados y marineros armados, y de toda clase de empleados policiales y de las prisiones. Entre éstos, algunos hay que se las echan de «ranas», de chichones, pretendiendo hacer chistes de corte innoble y soez, a costa de tantos desdichados. ¡Canallas!

Estamos a bordo. Se nos ha alojado en la bodega de proa, y para dormir nos han entregado una mala colchoneta y un andrajo, que simula ser una cobija.

Zarpamos. Zarpamos con rumbo desconocido, según lo noticiaron los diarios. Durante seis días navegamos sin cesar. Alguna vez subimos como podemos y de tumbo en tumbo, hasta cubierta. Nuestra vista no ve más que mar y cielo; un cielo encapotado y gris y un mar casi siempre huraño, rabioso. Por casualidad un rayo de sol logra pasar por un agujerito del nublado espeso y va a quebrarse en las crestas de las olas, que adquieren entonces tonalidades esmeraldinas; nuestra alma que está triste, mas no acobardada, sonríe. Sonríe fugazmente, como sonrieron las olas al beso furtivo de aquel rayito... Otra vez ha quedado el día sombrío y las brumas se hacen cada vez más opacas. Y el barco continúa en su carrera, impertérrito y porfiado, por entre las montañas de agua que parecen querer atajarle el paso, detenerle, aprisionarlo en sus entrañas misteriosas.

Por fin anclamos en el puerto patagónico de Santa Cruz, des-

pués de una travesía de seis días. Estos seis días, sin contar los treinta que vinieron después, valen por los seis años de condena con que tan generosamente nos obsequiara en nombre de la Ley, el juez don Francisco Ramos Mejía, a quien dios tenga en la gloria...

Aprovechamos la estada aquí para alimentarnos un poco, dado que los tormentos del mareo nos impedía cumplir con necesidad tan imperiosa. Además, nos íbamos connaturalizando con la mugre y sus miasmas. No nos producía ya náuseas. ¡El hombre es el animal más adaptable de la creación!

Allí esperábamos al «Vicente Fidel López», a bordo del cual seríamos trasbordados, cosa que se llevó a cabo cuando aquél arribó.

No habíamos apurado aun del todo el amargo cáliz.

Si en el «1.º de Mayo» habíamos pasado las de Caín, por el frío, el mareo, la suciedad y las náuseas que producía el vaho del trasudar de los cuerpos, amontonados y afiebrados, en éste era el colmo.

La bodega de aquél resultaba un salón comparada con ésta. Nunca vi lugar más infame, miserable y sórdido. No debió de haberse limpiado desde que el barco fué construído. Y para mayor suplicio, se cargaron en ella no sé cuántas toneladas de carbón. Las ratas paseaban por encima de nuestros cuerpos, con la mayor desvergüenza y falta de respeto posible... En fin, no faltaba nada en aquel infierno. Allí era dormitorio, comedor, salón de fumar y w. c. inclusive.

La comida, apenas si llegaba a media ración y pésima por su calidad, cocción e higiene. Se nos negaba el agua hasta para beber, que, lavarse no había ni qué pensarlo.

La marinería en su mayor parte española, era de una hostilidad cerril, para con nosotros. La oficialidad, aunque criolla, no le iba en zaga.

¡Cómo añorábamos los días del «1.º de Mayo»! Porque allí, al menos entre la tripulación, encontramos algunos hombres, verdaderamente hombres. No cito sus nombres para evitarles represalias posibles. De todas maneras, ellos pueden tener la seguridad de nuestra profunda gratitud.

Un incidente, insignificante, si se quiere, pero de una elocuencia desoladora, bastará para retratar el alma de algunos de esos oficiales de la armada nacional.

El día que fuimos trasbordados era lluvioso y frío. Tan frío, que temblábamos: dábamos diente con diente. Pues olvidaba decir que de la penitenciaría nos largaron con ropa de verano. Y por más que solicitamos ropa de invierno, nos fué negada. La cubierta y las chapas, estaban resbaladizas en extremo, cubiertas por ese lodo tenue y viscoso que se forma a bordo, con el hollín que despide la chi-

menea y el agua. La oficialidad de ambos barcos presenciaba la operación del trasbordo. ¡Seguramente que les resultaría espectáculo risible contemplar esa cantidad de hombres engrillados, que se agarraban con uñas y dientes, de donde podían, para no caer!

En esto, un oficial invita a otro para retirarse, a lo que el aludido respondi: «Espere, che, un momento».

—Vamos a ver si alguno de estos canallas se rompe el alma.

Yo miré y sonreí misericordiosámente, como cuando se está en presencia de un ser deforme y pequeño.

En aquel momento me encontraba junto a la boca de escotilla, y pude cerciorarme que en efecto, tal como teníamos que bajar por el escalerín perpendicular de la bodega, boleándonos por encima del parapeto de la misma, realizando verdaderas proezas de gimnastas, al menor descuido podíamos — como parecía desearlo el oficialito — ir a estrellarnos en el piso, lleno de hierros viejos, trozos de leña, carbón, etc.

Una tarde, por fin, triste y glacial, después de treinta y seis días de viaje, avistamos la capital de Tierra del Fuego.¡ Ushuaia!

A la vista de la capital fueguina, un hondo suspiro escapa de nuestros pechos. ¿De satisfacción? Yo no encontré el «por qué», no supe discernirlo. Sólo sabíamos que íbamos a otro infierno; pero deseábamos salir de éste cuanto antes.

Lárganse las cadenas de las anclas, y el barco fondea en mitad de la bahía. Subimos a la cubierta, donde nos helábamos, tal era el frío, a la espera del desembarco.

Mientras, observamos el panorama que nos rodea.

Para las almas que no hubieran estado tan desoladas como las nuestras; para espíritus libres de la inquietud que atarazaba al nuestro, aquel panorama fueguino hubiera sido sencillamente estupendo.

La bahía quieta, en un quietud de somnolencia, semejaba un negro, extraño espejo, sobre el cual reflejan sus siluetas alargadas, las montañas que en anfiteatro gigantesco, ciclópeo, la circundan. Y allá, en la alta perspectiva, por detrás de los altos picachos, blancos de nieve, está el cielo tan rojo, tan rojo, como si lo iluminaran las llamas de un incendio lejano y colosal.

Las luces del pueblo, que se me antojan los ojos del Argos fabuloso, nos miran inquisidores y hostiles.

Demandamos: ¿dónde está el presidio? Y nos señalan una mole negra que se eleva a lo lejos por sobre el nivel de las casas, en cuyos frentes hay un gran foco eléctrico, que, de rato en rato, hace cierto

guiño maligno y avieso. La negra mole del presidio, desde donde estamos observándola, se diría una gran bestia echada, atisbando con su ojo único las víctimas que ha de devorar.

El frío continúa ensañándose con nuestras pobres carnes ateridas. Procuramos esconder nuestras manos, que se han endurecido, y casi nos es imposible.

Sentimos el ruido acompasado y regular de los remos de un bote, que se acerca de babor.

Admiramos los primeros penados que nos saludan furtivamente, pues en el bote de cuyo son remeros, vienen los empleados del presidio que se harán cargo de nosotros. Nos ha impresionado un tanto las siluetas de los penados; el traje, que en la obscuridad es negro, y sus polis de dos picos, notamos que es de buen paño y esto nos tranquiliza un tanto, pensando que el frío no tendrá más remedio que embromarse, cuando estemos metidos en un trajecito así. Pero esto, no es sino una de las tantas estafas morales de que es víctima, allí, el que desconoce los manejos de los señores del presidio.

Entre 8 y 9 de la noche nos desembarcan en lanchones y nos trasladan a tierra. En el muelle nos quitan los grillos — menos mal, porque remesa ha habido en que han tenido que subir hasta el pabellón con los grillos puestos y acostarse, además, sin darles cena — y al caer éstos, sentimos una sensación extraña, indescriptible, desconocida: mezcla de contento y de dolor.

Alrededor de los tobillos, se ven grandes llagas tumefactas, producidas por la presión y roce de los hierros. Intentamos caminar y nos es imposible; nuestras piernas parecían haberse atrofiado para tal función. Pero una voz, un grito, una interjección muy española, por cierto: «¡hala, c...ño!», nos hizo comprender que debíamos caminar y así lo hicimos.

Y marchamos... Marchamos cual nuevos Cristos en la calle de la Amargura, cayéndonos y levantándonos, sobre el suelo helado y en declive, donde la nieve endurecida, cristalizada, crugía bajo nuestros torpes pies. Y siempre impelidos hacia adelante, por aquella interjección española: «¡hala, c...ño!» A pesar del frío, comenzamos a sudar.

Llegamos ante un ancho y alto portal: es la entrada del presidio. Alineados a un lado están los soldados del guardia cárcel armados. Al levantar mi vista observo que encima del gran portal hay grandes letras, mas no supe lo que decían. Pero me figuré que estaría muy bien allí el verso inmortal del Dante:

«Lasciate ogni speranza, voi che entrate.»

Penetramos adentro y nos guían hasta el quiosco del cuerpo de guardia. Allí, en medio de indirectas y sarcasmos de los guardianes,

nos hacen desnudar completamente para requisarnos, al propio tiempo que anotan nuestros nombres, profesión, delito, etc., etc.

Como por dosis, van aumentando de cantidad los tragos amargos. Y con el nuevo enfriamiento, sentimos ansias desesperadas por echarnos, y echar algo a nuestro estómago, que le sentimos protestar en forma airada. Nuestros huesos y nuestras articulaciones parecen estuvieran deshechas.

Por fin se ordena que nos lleven al pabellón, nos entreguen un colchón y pilchas y olfateamos, al pasar, unos tachos de cocido. Luego nos hacen formar para repartirnos el rancho: nuestro corazón brinca alborozado... Y devoramos lo que nos pusieron en el plato e ignoramos hasta el día siguiente la clase de potage que habíamos cenado.

Más tarde supe que aquella noche el termómetro había marcado 14° bajo cero.

H. ROSALES.

Nota de Redacción: El 24 de diciembre, el señor Presidente de la República indultaba a nuestros amigos de "Bandera Roja". Ellos están en libertad, però su cautiverio es superior al gesto interesado del mandatario argentino. Nada debemos agradecerle.
